

La virtud salvífica de la comunión eucarística (Los efectos de la santa comunión)

I. *Unión con Dios*

1. Porque la Comunión es, como hemos visto, la perfecta participación en el sacrificio eucarístico, es ella la que consuma y acaba la virtud salvífica del sacramento de la Eucaristía. El que comulga se hace partícipe plenamente de la virtud salvífica del sacrificio eucarístico. Queda incorporado al movimiento de adoración, de alabanza y de acción de gracias, de oración y propiciación, que acaece en la realización del sacrificio, con mayor intensidad y de una manera más viva que el que no recibe la comunión. La Eucaristía es la plenitud y consumación de nuestra participación en el sacramento eucarístico, no solamente en el sentido de representar un grado superior de participación, sino más bien en el sentido de ser una especial y peculiar participación. En ella se cumple la participación en el sacrificio como banquete. Es, por tanto, la correalización del sacrificio que de la manera más significativa corresponde a la figura del sacrificio eucarístico. Por esto, la virtud salvífica de la Eucaristía surte sus efectos en el que participa plenamente del sacrificio eucarístico, no solamente en mayor medida, sino también de forma distinta, a como sucede en el que no correaliza plenamente el sacrificio. Si la virtud salvífica de la Eucaristía obrase sólo en grado mayor en el que comulga que en el que no recibe la comunión, no sería necesario hablar de un modo particular de la significación salvífica de la comunión. Pero ya que la virtud salvífica de la Eucaristía es distinta en el que comulga del que no toma la comunión, es decir, que no participa perfectamente del sacrificio eucarístico, debemos exponer en concreto el efecto salvífico particular de la comunión.

Santo Tomás de Aquino describe de la siguiente manera los efectos de la Eucaristía (*Suma Teológica*, III, q. 79, art. 1): "El efecto de este sacra-

mento se debe considerar primero y principalmente, por razón de lo que contiene, que es Cristo, quien, así como cuando vino visiblemente al mundo le trajo la vida de la gracia, según aquello: "La gracia y la verdad vinieron por Jesucristo", así también, viniendo al hombre sacramentalmente, le da la vida de la gracia, al tenor de esto: "Quien me coma vivirá por Mí". Por eso dice San Cirilo: "El verbo vivificante de Dios, al unirse a su propia carne, la tornó vivificante también. Convenía que se uniera El a nuestros mismos cuerpos con su carne sagrada y con su preciosa sangre, tomados mediante la bendición vivificadora del pan y del vino."

En segundo lugar, por la representación de la pasión del Señor, como ya dijimos. Por eso los efectos que la pasión hizo en el mundo los hace este sacramento en el hombre. Y así, comentando el Crisóstomo las palabras "salió agua y sangre", dice: "Puesto que de aquí toman principio los sacramentos, cuando te llegues al tremendo cáliz llégate como si bebieras del costado mismo de Cristo." Por eso dice el Señor: "Esta es mi sangre, que será derramada por vosotros en remisión de los pecados."

En tercer lugar, se considera el efecto de este sacramento por el modo como se da: se da a manera de comida y de bebida. Y así todo lo que hacen el manjar y la bebida materiales en la vida corporal, como sustentar, reparar y deleitar, lo hace este sacramento en la vida espiritual. Por eso dice San Ambrosio: "Este pan es de vida eterna, pues sustenta la sustancia de nuestra alma." Y el Crisóstomo: "Se deja tocar, comer y abrazar por quienes lo desean." Y el mismo Señor: "Mi carne es verdadero manjar, y mi sangre, bebida verdadera."

Finalmente, el efecto se considera por las especies con las que se da. Por eso dice San Agustín: "Nuestro Señor nos dió su cuerpo y su sangre en cosas que se hacen de muchas, ya que el pan es uno que se hace de muchos granos; y el vino, de muchos racimos." Y en otro lugar dice: "Oh sacramento de piedad, oh signo de unidad, oh lazo de caridad."

Y pues Cristo y su pasión son causa de la gracia y no hay refección espiritual ni caridad sin gracia, es evidente que este sacramento la confiere."

2. El *efecto principal* de la comunión eucarística es la *profundización e interiorización de la comunidad con Cristo*. Incrementa también la aún incompleta participación en el sacrificio de Cristo y afianza la comunidad con Cristo establecida por el bautismo. El que es asido por Cristo con nuevas fuerzas y se une a El con más intimidad, se presenta también con nuevas fuerzas y vitalidad nueva ante el Padre, para adorarle y alabarle. El que comulga recibe la carne de Cristo en su realidad viva. Come la carne del Señor, que se une a él en la forma del pan y bebe su sangre en la apariencia del vino. No se puede pasar por alto en este contexto que el mismo Cristo nos regala su carne y su sangre. No se puede tomar su cuerpo como se toma un objeto cualquiera, sino que hay que recibirlo de El. Es el Padre celestial quien en el último término sirve la

mesa y reparte el pan a aquellos que han sido hechos hijos suyos por Cristo en el Espíritu Santo y están ante su acatamiento. Todos los dones espirituales vienen del Padre celestial; nos son dados en el Espíritu Santo, en la corriente de la caridad divina (cfr. § 90). Así como el Padre entregó a su Hijo a la muerte de cruz, también lo entrega en la Eucaristía como alimento, pues actualiza el cuerpo y la sangre inmolados de su Hijo en la forma del pan y del vino.

La autodonación del Señor en forma de pan y de vino *trasciende a todas las otras maneras de autoentrega de un hombre a otro hombre, que nos son conocidas por la experiencia*. Ningún hombre puede darse a otro con esta intensidad y fuerza. El hombre puede dar a otro cosas de su propiedad, que son signos de su amor, de su confianza, de su amistad y de la fidelidad, si se dan con sentido. El hombre puede hacer que otro participe de sus conocimientos, de su experiencia, de sus vivencias, de sus propósitos y planes. Incluso, puede darse a sí mismo, hasta cierto grado, por ejemplo, en el matrimonio, en la amistad. Pero jamás alcanza esta autodonación aquel límite que está por sobre todo límite. No puede rebasar aquella barrera que le ha sido puesta, porque el hombre está encerrado en sí mismo de un modo infranqueable. No le está permitido sobrepasar este límite, porque, de lo contrario, se menospreciaría a sí mismo y arrastraría en su propio envilecimiento al que recibe la entrega. Lo cual ya no sería expresión de amor, sino de egoísmo. Otra razón impide también la autoentrega ilimitada del hombre: si alguien hiciera el jamás afortunado intento de darse al Tú incondicionalmente, le haría donación también de sus propios defectos e imperfecciones y se convertiría en estorbo para él.

Cristo puede ir en su autodonación más allá de todas las entregas que nos son conocidas. Tiene poder para hacerlo. No sólo nos llena su virtud, su espíritu, su pensamiento, su amor, sino que nos da su realidad viviente. Escogió la forma del pan y del vino para poder realizar esta entrega incondicional. Gustamos inmediatamente las formas, pero por ellas de su cuerpo y de su sangre. Esta autodonación es expresión del supremo amor. Aquel alimento es señal del amor de Dios que viene a nosotros (*Mt. 6, 25-34*). En la comunión recibimos en nosotros el amor del Creador (Cfr. M. Th. Breme, *Vom Sinn des Mahles*, 1939). El alimento eucarístico es encarnación del supremo amor, que logra aquí lo que siempre buscó el amor, pero que jamás consiguió: hacerse por

completo una misma cosa. Sólo es capaz de esto el amor que tiene poder de realizarse a sí mismo de un modo perfecto, el amor omnipotente. Cristo pudo entregarse. Precisamente porque se da, se sustenta y mantiene a sí mismo. Sin que El pierda su ser, Cristo incorpora a su gloria al hombre que ha sido obsequiado por El con el don de su entrega. Además, en El no hay deficiencia o imperfección alguna que pudiera ser estorbo para los que le reciben. El cuerpo que El da es su cuerpo glorioso, fuente de pureza y de vida.

3. Cristo *no nos regala su cuerpo muerto, sino vivo*. Por la acción sacramental está presente sólo su cuerpo bajo la apariencia del pan y sólo su sangre bajo la del vino (cfr. § 252). Pero porque Cristo está vivo y por la íntima unión de todas sus partes el cuerpo del único Cristo está vivificado e impregnado de la sangre, y ésta invade todo el cuerpo, al tiempo que el alma está en el cuerpo y en la sangre. Toda la actual naturaleza de Cristo está dominada por el Logos. De ahí que la entrega del cuerpo de Cristo es de hecho entrega de todo su ser. Así puede decir: Yo soy el pan de la vida (Io. 6, 35-48). Y puede equiparar la comunión de su carne y sangre con la comunión de sí mismo. “El que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él. Así como me envió mi Padre vivo, y vivo yo por mi Padre, así también el que come vivirá por mí” (Io 6, 56-57). Lo que se ha comido no es un simple objeto, una realidad sin vida. El pan eucarístico no puede ser comido como pan cualquiera. No se le puede poseer y disponer de él sin más. El que comulga acepta en sí al mismo Cristo personal. No toma una parte del Señor. Por la comunión no sufre menoscabo la personalidad de Cristo. La unión con Cristo, obrada por la comunión, se realiza en el ámbito personal. Es un *encuentro con Cristo de gran fuerza e intimidad*. La comunión no es un mágico proceso impersonal. Por ella no se apodera el hombre de fuerzas y realidades divinas. El mismo Cristo está presente y se da. Cfr. §§ 252 y 254.

Este encuentro *se distingue de otro cualquier encuentro*. Como ya vimos, a toda otra relación Yo-Tú le están puestas unas barreras infranqueables. Radican en la personalidad del hombre y se hacen visibles y sensibles de una manera muy clara en su ser corpóreo. El cuerpo es un instrumento de comunión; pero, al mismo tiempo, es una limitación. Es un puente y un muro infranqueable. Cuando el hombre en su camino encuentra a otro hombre, es que se une a él por la admiración, por la fidelidad, la reverencia, la

amistad y el amor; significa que participa de la vida del otro. Lo que acaece en los encuentros humanos ocurre también en la Eucaristía. Pero este encuentro se distingue de todos los demás porque no tiene que detenerse allí donde se debe parar cualquier otro encuentro humano. En la Eucaristía, Cristo se incorpora real y vitalmente al comunicante, en forma de alimento. El encuentro tiene efecto como comunión. La comunión se hace en forma de encuentro personal y está libre de toda materialización impersonal; el encuentro es distinto de toda mera asociación o congregación externa o de una vinculación puramente mental.

El encuentro de dos hombres puede reducirse a un frío estar juntos físicamente. Si quiere ser algo más, es decir, si quiere ser digno de hombres, debe incluir la revelación del misterio personal y la penetración en él. Cuando Cristo se da corporalmente en forma de alimento, *se hace patente y se revela al que le recibe*. Es el Logos el que se entrega en su naturaleza humana, bajo la forma de pan, al dar su propia carne como alimento; es el Verbo personal del Padre, por el que Este abarca toda la realidad y la penetra hasta su más íntima esencia. Es la Verdad, la Luz de Dios (cfr. § 86). Recibimos la autorrevelación del Verbo personal del Padre en la fe y en el conocimiento creyente. Cristo mismo definió como fe el ir a El y acercarse a su persona (Io 6, 35). Por la fe vemos y penetramos su misterio. Esta mirada sólo es posible en la luz obrada por el Espíritu Santo y por la virtud que El ha creado. Tan sólo el que está iluminado por el Espíritu Santo puede contemplar por la fe la realidad del misterio de Cristo, creada y dominada por el Espíritu Santo (Io. 6, 63). De ahí que Cristo llame a la fe comunión del pan, que es El mismo (Io. 6, 35). Por la equiparación de fe y comunión no se destruye la realidad de la comunión, que es un comer corporal de la carne y un beber real de la sangre. *Pero el comer está configurado por la fe y está lleno de su virtud y de su luz; está soportado por el movimiento de la fe*. Comprende la entrega a Cristo, a Cristo que se da y se revela a sí mismo. Entrega que es obrada por la fe viva. Cfr. R. Guardini, *Besinnung vor der Feier der heiligen Messe*, II, 1940, 81-104. Véase también E. Brunner, *Wahrheit als Begegnung*, 1938.

La unión en la amistad o en el amor *se realiza en un intercambio vital*. Dos amigos se influyen mutuamente en su manera de pensar, de querer, de sentir, de imaginar. También la comunidad con Cristo, obrada en la Eucaristía, muestra su virtud en un intercambio vital entre Cristo y el que comulga. Pero Cristo no recibe

nada de la defectuosidad humana, sino que da su gloria. El que comulga queda enraizado más fuertemente en la vida gloriosa de Cristo. Esta mayor comunión con Cristo tiene como resultado una mayor semejanza a Cristo. Nuevamente se manifiesta aquí la diferencia entre el alimento eucarístico y otro cualquier nutrimento. Mientras que este último se transforma en las fuerzas vitales del que lo toma; en la comunión eucarística tiene lugar una transformación del comunicante en la vida de Cristo. Queda incorporado más fuertemente a la vida gloriosa del Señor. El que come la carne y bebe la sangre de Cristo es asido por El e incorporado con mayor intensidad y fuerza a su muerte y resurrección (cfr. *Romanos* 6, 1-14; §§ 181 y 238); se profundiza e interioriza la unión y comunidad óntica con Cristo; los rasgos de Cristo quedan grabados de una manera más clara.

4. Por el aumento de la unión y semejanza a Cristo *se hace más viva también la relación del comunicante con el Padre celestial, así como con el Espíritu Santo*. Este último es el vínculo que une a Cristo y a los que están incorporados a El. El Espíritu Santo es la intimidad personal en que están Cristo y el que comulga. Por esto, una más viva comunidad con Cristo sólo le es posible al bautizado cuando está asido más fuertemente por el Espíritu Santo, el amor personal.

Hay que decir, además, que el comunicante es presentado por Cristo en el Espíritu Santo con nueva vitalidad ante la faz del Padre. En él ve el Padre los rasgos de su Hijo amado de un modo más preciso, y le abraza con mayor amor. Este volverse a Cristo, que se realiza en la comunión, se prolonga en la ordenación al Padre. Hablando solamente de la acción externa, podemos decir que en el sacrificio ofrecemos al Padre a Cristo como hostia, y que El nos devuelve nuestra ofrenda en la comunión. La acción interna es de otra manera. La comunión es el instrumento con que el Padre nos coge más fuertemente y nos incorpora más íntimamente a El y a su propia vida a como se hace en la celebración del sacrificio sin tomar la comunión. La comunión aumenta nuestra unión con la Trinidad divina. Esta unión produce también una mayor semejanza a Ella. El que comulga es traspasado con nueva fuerza por la luz divina y por el encendido fuego divino. Esto significa que la vida divina crece en él. El aumento de la gracia santificante es parte de ello (cfr. § 185). La profundización de comunidad con Cristo y de la participación en la Trinidad divina,

obrada por la comunión, es sentida a veces en la alegría espiritual. Esta experiencia de la Eucaristía no va necesariamente unida a la comunión, debido a la naturaleza no sensible de la vida divina. Cfr. § 196.

II. *Unidad en el cuerpo místico de Cristo*

1. El fortalecimiento de la comunidad con Cristo *tiene como resultado una confortación de la comunidad de los comunicantes entre sí*, que están ya íntimamente unidos por el bautismo, de modo que forman un cuerpo, el cuerpo de Cristo. El sacrificio eucarístico es expresión de esta comunidad, que aumenta y se hace más profunda en él. La comunión completa este efecto unitario. La comunidad se expresa en primer término en la celebración eucarística. La Iglesia es la comunidad de aquellos que están invitados por el Padre celestial al banquete eucarístico, los que celebran la Cena del Señor. La comunidad de altar y de mesa, en la que se representa la unidad eclesial, es a la vez fuente de una más fuerte e íntima unidad. Toda comunión tiene una unidad que produce fuerza. Los que están sentados a la misma mesa, se pertenecen mutuamente (cfr. § 129). Su acción no se reduce a un estar sentados juntamente y comer. Los comensales están unidos entre sí por un vínculo vital (cfr. Th. Breme, *Vom Sinn des Mahles*, 1939). El convite eucarístico abraza al hombre de una manera distinta a como lo hacen los demás convites, pues le une especialmente a Cristo. Los incorporados e injertados a Cristo por la Eucaristía son traspasados por la vida de Cristo más intensamente y quedan más íntimamente unidos entre sí que antes de la comunión. Los que reciben el alimento eucarístico se convierten en parientes de Cristo y en hermanos y hermanas entre sí. La Eucaristía es un banquete de comunión fraterna. (La palabra de la santa Misa como banquete de comunión fraterna no ha sido condenada por la encíclica "Mediator Dei", bajo todos los aspectos. Lo que la encíclica ha reprobado es la "capciosa" argumentación que concluye del carácter de la Eucaristía como sacrificio y convite de comunión fraterna, que todos los fieles tengan que comulgar necesariamente con el sacerdote. Más arriba se señaló ya que esta conclusión es falsa. Cfr. el texto de la encíclica en el § 255.)

2. El apóstol Pablo recuerda a los corintios esta realidad. En Corinto se ha desvirtuado la celebración eucarística a causa del

egoísmo y de la falta de caridad. Frente a esto, pone de relieve San Pablo la significación comunitaria del banquete eucarístico: “Y el pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Porque el pan es uno, somos muchos un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan” (I Cor. 10, 16).

Así tiene el cuerpo eucarístico de Cristo una especial relación con el cuerpo místico de Cristo. La Eucaristía es el sacramento del cuerpo místico de Cristo. Es la garantía de la unidad eclesial. En el convite eucarístico realiza la Iglesia siempre de nuevo su ser como cuerpo de Cristo. Los que por la comunión tienen comunidad con Cristo se convierten en un mismo y único cuerpo. Cristo no es distribuido entre los muchos comunicantes, sino que los congrega a todos en sí, haciendo de ellos un mismo cuerpo. La comunidad con Cristo es la raíz y la garantía de la comunidad de los santos.

3. Muchas veces en la *Patrística* se nos atestiguan juntas la unidad entre los comunicantes y Cristo y ellos entre sí. La doctrina de los doce Apóstoles ve representada esta unidad antes en la naturaleza del pan que en el cuerpo de Cristo. “Así como este pan estaba disperso por las colinas acá y allá y es reunido ahora, hecho uno, igualmente será congregada tu Iglesia en tu reino desde los confines de la tierra” (10, 4). Esta simbólica del pan la encontramos nuevamente en Tertuliano, Cipriano, Agustín y, en la Edad Media, en Tomás de Aquino. Algunos ejemplos servirán para expresar la doctrina patristica. En su *Explicación al Evangelio de San Juan* (40, 3; PG 59, 260) observa San Juan Crisóstomo: “Quiere que nos convirtamos en su cuerpo no solamente por la caridad, sino por mezclarnos realmente con su carne. Esto se hace por alimento que nos da como prueba de su amor. Se mezcla con nosotros, nos injerta en su cuerpo para que seamos una misma cosa con El, como el cuerpo está unido con su cabeza. Sólo los que aman mucho hacen esto... Cristo lo hizo para establecer entre El y nosotros la más estrecha amistad, para mostrarnos su amor. Se ha mostrado no sólo a los que continuamente suspiran por El; se ha dado a tocar como comida para ser triturada su carne por nuestros dientes, para adentrarse profundamente en nosotros y acallar todos nuestros deseos.” En el comentario a la primera epístola a los corintios (10, 16) dice: “¿Por qué no decimos participación? Porque El quiso decir más y mostrar la estrecha unión. Tenemos comunidad no sólo en la participación, sino también en el hacernos una misma cosa con El. Pues así como es uno este cuerpo de Cristo, igualmente somos una misma cosa con El por este pan” (Homilia 24; PG 61, 200).

San Cirilo de Alejandría ha representado la Eucaristía como el fundamento de la unidad eclesial, por ejemplo, en la *Explicación al Evangelio de San Juan* (11, 11; PG 74, 560). “La unión hipostática es también el principio de nuestra participación en el Espíritu Santo y de nuestra unión con Dios. La encarnación del Verbo está en estrecha relación, por la Eucaristía, con nuestra incorporación en Cristo. Pues para que también nos-

otros tendiésemos a la unión con Dios y entre nosotros y nos fusionásemos hasta formar una sola cosa, aunque tengamos cuerpos y almas diferentes, el Unigénito buscó una razón en su sabiduría y en el consejo del Padre. Porque con un solo cuerpo, a saber, con el suyo, bendiciendo por la mística comunión a los que creen en El, los hace incorpóreos con El y con los demás. Pues ¿quién podrá dividir o separar de la unión natural que tienen entre sí a los que por aquel único santo cuerpo fueron hechos unos con Cristo? Porque si todos participamos de un solo pan formamos todos un solo cuerpo, pues Cristo no se puede dividir. Por esta razón a la Iglesia se la llama Cuerpo de Cristo y a nosotros miembros cada uno por su parte, según la mente de San Pablo. Porque estando nosotros todos unidos a Cristo por medio de su santo cuerpo, ya que le recibimos en nuestros cuerpos a El uno e indivisible, le debemos a El nuestros miembros más que a nosotros mismos." En otro pasaje dice: "Y el mismo Salvador: "El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en Mí y Yo en él" (Io, 6, 56). Aquí tenemos que considerar que Cristo no dice que estará en nosotros solamente con cierta relación de afecto, sino también con una participación carnal o física. Porque así como cuando uno junta dos trozos de cera y los derrite por medio del fuego, de los dos se forma una sola cosa, así también por la participación del cuerpo de Cristo y de su preciosa sangre El se une a nosotros y nosotros nos unimos a El. Porque lo que por su naturaleza es corruptible no puede vivificarse de otro modo que uniéndose corporalmente al cuerpo del que es vida por su propia naturaleza, es decir, del Unigénito" (*Explicación al Evangelio de San Juan* 10, 2). Y en el escrito contra Nestorio añade: "El que me come vivirá" (Io. 6, 57). Mas nosotros comemos no consumiendo la divinidad (lejos de nosotros tal impiedad), sino que comemos la propia carne del Verbo hecha vivificadora, porque fué de aquel que vive por el Padre."

San Agustín no se cansa de ensalzar la Eucaristía como sacramento de la unidad. En el ser eucarístico incluye también el cuerpo místico de Cristo. El *Totus Christus*, cabeza y miembros, es el contenido de la Eucaristía. En uno de los sermones sobre el Evangelio de San Juan (26, 13) dice: "Es mi carne—dijo—vida del mundo. Los fieles conocen el cuerpo de Cristo si no se olvidan que son cuerpo de Cristo. Háganse cuerpo de Cristo si quieren vivir del espíritu de Cristo. Del espíritu de Cristo no vive sino el cuerpo de Cristo. Entended, hermanos, lo que digo. Hombre eres y tienes espíritu y tienes cuerpo. Llamo espíritu a lo que se llama alma, por la cual existes como hombre, pues estás compuesto de alma y cuerpo. Tienes, pues, espíritu invisible y cuerpo visible. Dime quién vive de quién: ¿tu espíritu vive de tu cuerpo o tu cuerpo vive de tu espíritu? Y todo el que responde (y el que no pueda responder a esto no sé si vive). ¿Qué responde todo el que vive? Mi cuerpo vive por mi espíritu. ¿Quieres vivir del espíritu de Cristo? Forma parte del cuerpo de Cristo. ¿Acaso mi cuerpo vive de tu espíritu? El mío vive de mi espíritu; el tuyo, de tu espíritu. El cuerpo de Cristo no puede vivir sino del espíritu de Cristo. De aquí que, hablándonos el Apóstol San Pablo de este pan, dijo: "Porque el pan es uno, somos muchos un solo cuerpo" (I Cor. 10, 17). ¡Oh sacramento de misericordia! ¡Oh vínculo de caridad! Quien quiera vivir, aquí tiene donde vivir, tiene de dónde vivir. Acérquese, crea, forme de los miembros, no sea un miembro canceroso que merezca ser cortado, ni miembro dislocado de quien se avergüencen; sea hermoso, esté adaptado, esté sano, esté unido

al cuerpo, viva de Dios para Dios; trabaje ahora en la tierra para que después reine en el cielo." Y en el *Sermón* 227: "Tenéis que saber lo que recibisteis, lo que recibiréis, lo que debéis recibir todos los días. Ese pan que veis en el altar, santificado por la palabra de Dios, es el cuerpo de Cristo; ese cáliz, o más bien, lo que contiene ese cáliz, santificado por la palabra de Dios, es la sangre de Cristo. En esta forma quiso nuestro Señor Jesucristo dejarnos su cuerpo y dejarnos su sangre, que derramó por nosotros en remisión de nuestros pecados. Si lo recibís bien seréis vosotros lo mismo que recibís. El Apóstol dice: "Somos muchos, pero somos un solo pan y un solo cuerpo" (*I Cor.* 10, 17). Así explicó el Sacramento de la Mesa del Señor: somos muchos, pero somos un solo pan y un cuerpo. En este pan veis cómo habéis de amar la unidad. ¿Por ventura fué hecho este pan de un solo grano de trigo? ¿No eran muchos los granos? Pero antes de llegar a ser pan estaban separados; el agua los juntó después de bien molidos, porque si el trigo no se muele y se amasa con agua no puede tomar la forma que se llama pan." En otro *Sermón* (272) dice: "¿Qué veis, pues? Pan y un cáliz; de lo cual salen fiadores vuestros mismos ojos; empero, para ilustración de vuestra fe os decimos que este pan es el cuerpo de Cristo y el cáliz su misma sangre...

Estas cosas llámanse sacramentos precisamente porque una cosa dicen a los ojos y otra a la inteligencia. Lo que ven los ojos tiene apariencias corporales, pero encierra una gracia especial. Si queréis entender lo que es el cuerpo de Cristo, escuchad al Apóstol; ved lo que les dice a los fieles: "Vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros" (*I Cor.* 12, 27). Si, pues, vosotros sois el cuerpo y los miembros de Cristo, lo que está sobre la santa mesa es un símbolo de vosotros mismos y lo que recibís es vuestro mismo emblema. Vosotros mismos lo refrendáis así al responder: "Amén". Se os dice: "He aquí el cuerpo de Cristo", y vosotros contestáis: "Amén", así es. Sed, pues, miembros de Cristo para responder con verdad: Amén... Somos un solo pan, un solo cuerpo (*I Cor.* 10, 17). Recordad que un mismo pan no se halla formado de un grano solo, sino de muchos. Cuando recibisteis los exorcismos estabais, a modo de hablar, bajo la muela del molino; cuando recibisteis el bautismo os trocasteis bien así como en la pasta y os coció, en cierta manera, el fuego del Espíritu Santo... Así acaece en el vino. Recordad, hermanos, cómo se hace. Muchos granos se cuelgan, formando un racimo, pero el licor de los granos se confunde en uno solo. Tal es el modelo que nos ha dado nuestro Señor Jesucristo; así es como quiso unirnos a su persona y consagró sobre su mesa el misterio simbólico de la paz y de la unión que debe reinar entre nosotros." San León Magno explica de la siguiente manera la significación salvífica de la comunión (*Sermón* 64, sec. 7): "Su gracia (la de Cristo) es la luz verdadera que justifica e ilumina a todos los hombres. Es la que nos libera del poder de las tinieblas y nos conduce al reino del hijo de Dios. Es la que por una nueva configuración de nuestra vida dirige las aspiraciones de nuestra alma a fines elevados y somete los movimientos de la carne. Ella es la que nos deja celebrar rectamente la pascua del Señor con panes ácidos de pureza y verdad, ya que es el mismo Cristo quien deleita al hombre nuevo con el alimento y la bebida una vez que se ha apartado el fermento de la vieja iniquidad. La comunión de la carne y de la sangre de Cristo no obra otra cosa que nuestra transformación en aquello que gustamos y que continuamente llevamos en nuestro cuerpo y en nuestra

alma, con el que participamos de la muerte, sepultura y resurrección. A esto se refieren las palabras del Apóstol: "Habéis muerto y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios. Mas si Cristo, vuestra vida, se manifiesta también apareceréis vosotros gloriosos con El, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos" Cfr. Leo von Rudolf, *Das Zeugnis der Väter*, 326-341.

4. Por la comunión se consolida e interioriza también la unidad de las *comunidades parciales y subordinadas en la Iglesia*, en la diócesis, en la parroquia. La parroquia tiene su más profunda representación cuando se congrega junto al altar para la comunión eucarística. Por el convite comunitario se conceden nuevas fuerzas a la comunidad parroquial. La comunión no es sólo mística unión de las almas con Cristo, para conseguir su propia santificación; sino el convite comunitario de aquellos que han alcanzado acceso al Padre por Cristo, en el Espíritu (*Eph.* 2, 18).

5. La comunidad obrada por la Eucaristía tiende a *expresarse en la comunidad de sentimientos, en el amor*. Fortalece la caridad sobrenatural (caridad habitual) y desarrolla el fuego del amor (caridad actual), que se expresa en las obras de caridad. El que recibe a Cristo, o, más bien, el que es recibido por El, es asido por el movimiento amoroso en que vive Cristo y en el que se entrega al comunicante. Es el amor servicial que se ofrece a sí mismo. El que no opone resistencia a su obrar, probará con hechos su comunidad con Cristo y con los demás compañeros de mesa, al servir a los hermanos y hermanas. Así, la comunidad de altar y mesa se revelará en la celebración litúrgica como comunidad de amor servicial y auxiliador. Probará su virtud y su importancia dondequiera que los unidos litúrgicamente se encuentren en el ancho mundo, y más allá de todo esto, allí donde uno de los que se han nutrido de la Eucaristía encuentre a otro hombre, especialmente donde la necesidad llame a la caridad.

San Justino, mártir, cuenta que los que celebran juntos la Eucaristía, siempre se ayudan entre sí tanto como pueden, y viven en concordia (*Primera Apología*, cap. 67). La mutua pertenencia de sacrificio eucarístico y del servicio a la comunidad se expresa también en que cuando era corriente el ofrecimiento de dones, el altar estaba rodeado de una mesa o de pequeñas mesas para las donaciones, en las cuales se colocaban los dones del sacrificio, para que participaran de la consagración sacrificial (Th. Klauser, *Die konstantinischen Altäre der Lateranbasilika*, en "Römische Quar-

talschrift" 43 (1936), 179-186). Optate de Mileve (hacia 380) llama "dones fraternos" a los dones de los fieles destinados al sacrificio eucarístico. En la secreta del quinto domingo después de Pentecostés se dice: "Que lo que cada uno te ofrece, aproveche para la salud de la comunidad." Cfr. R. Angermair, *Das Band der Liebe*, 1940.

La comunidad no puede ser realizada sin oponerse a las fuerzas antisociales del egoísmo y del orgullo. Precisamente, para superar el egoísmo y el orgullo que brotan sin cesar del corazón del hombre pecador, es valiosa y esencial la contribución de la Eucaristía, de la comunión eucarística particularmente. Pues en la celebración eucarística participa el hombre de la muerte de Cristo, en la que El se entregó incondicionalmente al Padre en humildad. La comunión completa y acaba la participación en la muerte de Jesucristo. No sólo es una confiada unión con el Hijo de Dios hecho cuerpo—aunque también es esto—, sino una comunidad real con su muerte, por la que se inmoló al Padre por los hombres. San Pablo reprende seriamente a los corintios su egoística conducta en la celebración eucarística. Lo que ellos hacen no es celebrar la Cena del Señor, pues los ricos se deleitan y regalan en su abundancia, a la vista de los pobres y dejan a éstos que sufran hambre. Tan sólo el que no distinga el cuerpo real del Señor de otra comida cualquiera, puede pecar así contra el cuerpo místico de Cristo. Su falta de caridad es un pecado contra el cuerpo y la sangre reales de Cristo (*I Cor.* 11, 20-22; 27-29). El pecado contra el cuerpo místico de Cristo es pecado contra el cuerpo eucarístico del Señor. Es de suma importancia tener en cuenta que el mismo Jesús, en conexión con la Eucaristía, haya dado con su ejemplo (lavatorio de los pies) y con sus mismas palabras el nuevo mandato de amor (*Io.* 13, 34; 15, 12; 17, 21-23). El que se entrega por amor a los suyos, se ha convertido en la Eucaristía en fundamento vital de una nueva caridad. Así reza la Iglesia en la Misa del día del Corpus: "Concede propicio a tu Iglesia los dones de la unidad y de la paz, místicamente significados en los presentes ofrecidos."

Al modo como la unión con Cristo debe realizarse en el servicio a los hermanos y hermanas, y todo egoísmo va en contra de la comunidad del comunicante con Cristo, obrada por la Eucaristía, de igual manera, pero inversamente, *la abnegada caridad para con los hermanos y hermanas es la manifestación y representación de la unidad con Cristo*. Sólo es cristiana en la medida que esté

configurada por ésta. El servicio a la comunidad en las necesidades cotidianas es la correcta realización de la comunidad de altar. La conexión entre Eucaristía y servicio a los hombres se expresó claramente en la antigüedad cristiana, al ser los mismos individuos, los diáconos, los que repartían el pan eucarístico y los alimentos para la vida terrena. Esto se ve también en el hecho de que la disminución de los ofrecimientos de dones y de la recepción de la comunión corren pareja suerte y se dan juntos al final de la antigüedad y comienzos de la Edad Media.

III. *Prenda de vida eterna*

1. La comunión, como alimento, hace acrecentar y aumentar toda la vida sobrenatural del hombre; pero, a la vez y en consecuencia, *debilita todo lo que hay en él de no divino y de antidivino*. Aminora la inclinación al mal y conforta el poder de resistencia al pecado; aumenta la alegría en Dios, el celo y la fidelidad a Cristo. Al encender la caridad y despertar el arrepentimiento, destruye los pecados veniales y nos preserva de los mortales. Somete todo lo que separa al hombre de Dios. Santo Tomás de Aquino explica que la comunión borra las penas del pecado, y cómo las borra. La Eucaristía no fué instituída directamente para dar satisfacción, sino para ser alimento espiritual y, como tal, fortalecer la unión con Cristo y con sus miembros. “Pero como esta unión se hace por la caridad, cuyo fervor alcanza la remisión no sólo de la culpa, sino también de la pena, de ahí que, por cierta concomitancia con el efecto principal, se consiga también la remisión de la pena; no de toda, sino de la que den de sí la devoción y el fervor” (*Suma Teológica* III, q. 79, art. 5).

2. Así se hace la Eucaristía prenda de vida eterna en la plenitud de Dios (*Io.* 6, 58). Esta vida eterna no es sólo vida del alma, sino también del cuerpo, de todo el hombre. Cristo piensa en todo el hombre cuando promete que aquel que comiera de El, vivirá por El y no morirá jamás, y que El le resucitará en el último día (*Io.* 6, 54). Y aunque se diga en la administración de la sagrada Eucaristía “El cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo guarde “tu alma” (*animam tuam*) para la vida eterna”, no se significa con estas palabras otra cosa más que la vida terrena, que será transformada en vida eterna, esto es, no se significa otra cosa más

que el yo del sujeto, como así se dice en otras liturgias, por ejemplo, en la de los dominicos, que dice así en nuestros días: El cuerpo... te guarde para la vida eterna. (Cfr. § 129.) Porque la Eucaristía, sacramento del cuerpo y de la sangre de Cristo, consolida y afirma la comunidad con el cuerpo glorioso del Señor, fundamentada en el bautismo, es prenda de la resurrección corporal (Io. 6, 54).

San Ignacio de Antioquía la llama medio salvífico de la inmortalidad. Cfr. *Epístola a los de Esmirna* 30. San Ireneo plantea la siguiente cuestión a los gnósticos: "Cuando, pues, el cáliz mezclado y el que ha llegado a ser pan, reciben el Verbo de Dios y se hacen Eucaristía, cuerpo de Cristo, con los cuales la sustancia de nuestra carne se aumenta y se va constituyendo, ¿cómo dicen que la carne no es capaz del don de Dios, que es la vida eterna, la carne alimentada con el cuerpo y la sangre del Señor, y hecha miembros de El?" Como dice el bienaventurado Apóstol en la carta a los Efesios: Porque somos miembros de un cuerpo (5, 30), de su carne y de sus huesos; y esto no lo dice de un hombre pneumático (espiritual) e invisible, porque el espíritu no tiene huesos ni carne (cfr. Lc. 24, 39), sino del organismo verdaderamente humano, que consta de carne, nervios, huesos, y el cual se alimenta de su cáliz, que es su sangre, y aumenta con el pan, que es su cuerpo. Y a la manera que el mugrón de la vid metido en la tierra produjo fruto a su tiempo, y el grano del trigo caído en la tierra y deshecho, se levantó multiplicado por el Espíritu de Dios, que todo lo contiene; y después, por la sabiduría de Dios, llegaron a ser Eucaristía, que es cuerpo y sangre de Cristo, así también nuestros cuerpos, alimentados con ella y colocados en la tierra y deshechos en ella resucitarán a su tiempo, concediéndoles la resurrección el Verbo de Dios para gloria de Dios Padre" (*Contra las herejías*, 5, 2, 3). Según la doctrina de los Padres, la Eucaristía no sólo concede un derecho a la futura resurrección, sino que obra glorificando el cuerpo humano, o más bien, toda la realidad corpórea humana y le alimenta para la incorruptibilidad. Siembra un germen de inmortalidad corpórea en el hombre. La incorporación a Cristo eucarístico acontece por razón de la resurrección.

San Gregorio de Nisa explica de la siguiente manera este proceso (*Discursos catequéticos* 37): El cuerpo humano comió un alimento mortífero. Debe tomar, por tanto, un medicamento al igual que los que toman veneno deben tomar un contraveneno. Este medicamento de nuestra vida no es otro que el cuerpo de Cristo, que ha vencido a la muerte y es la fuente de nuestra vida, y por

mediación de sus fuerzas inmortales se reparan los daños de aquel veneno. San Cirilo de Alejandría escribe (*Explicación al evangelio de San Juan* 11, 27): “Esta naturaleza carnal corruptible no podía ser conducida a la inmortalidad y a la vida eterna de otra manera que por su unión al cuerpo de la vida.” “Aunque la muerte que nos sobrevino por la caída ha sometido al cuerpo humano a las leyes de la caducidad, resucitaremos con todo, porque Cristo con su carne está en nosotros. Es increíble, más aún, imposible, que no vivifique la vida de aquellos en los que El está. Pues así como envolvemos la chispa en paja para conservar el incendio, del mismo modo nos ha injertado nuestro Señor Jesucristo, por su carne, su vida y nos ha depositado como semilla de inmortalidad, que destruye todo lo que de corruptible hay en nosotros.” De manera parecida se expresa Pascasio Radberto (*El cuerpo y la sangre del Señor*, cap. 19, 1; PL. 120, 1.327): “No es verdad que sólo se alimente el alma por este misterio, como algunos afirman, porque por la muerte de Cristo no fué redimida y salvada solamente ella, sino también nuestra carne. También nuestra carne está preparada para la inmortalidad y la incorruptibilidad.” En la Edad Media se impuso la opinión de que la Eucaristía sólo concede al hombre una exigencia a la resurrección corporal. Sea cual fuere la manera de entender la conexión entre Eucaristía y resurrección corporal, la virtud vificadora del cuerpo eucarístico de Cristo se revela, sobre todo, en que es garantía de la resurrección corporal. La Eucaristía está ordenada a la gloria celestial. La comunidad eucarística es la raíz de la comunidad celestial, en la que los bienaventurados se congregan en torno del Padre por Cristo en el Espíritu Santo.

IV. *¿Es posible comulgar por otros?*

Desde el siglo XIII se ha venido planteando el problema de si se puede ofrecer la comunión por otros. La respuesta a esta cuestión debe partir de la esencia de la comunión como alimento espiritual. Así como nadie puede comer por otro, tampoco nadie puede comulgar por otro. Lo que la Eucaristía obra como alimento espiritual, sólo puede obrarlo en el que comulga. Nadie puede recibir un sacramento por otro. Santo Tomás de Aquino dice (*Suma Teológica* III, q. 79, art. 7, ad. 3): “Por el hecho de que uno o muchos tomen el cuerpo de Cristo no se sigue que reciban los demás ayuda.” Si se entiende por “ofrecer la comunión” el rogar a

Dios para que quiera conceder a otros gracia por los actos de fe y caridad realizados en la comunión, nada puede oponerse a esta explicación. Pero aquí no se ofrece la comunión, sino el esfuerzo humano con ocasión de la comunión. Podemos añadir todavía más: Cuando el que está unido a Cristo se vuelve al Padre por la fe y la caridad, su entrega se convierte en oración por los hermanos y hermanas, especialmente por aquéllos que él abraza (habitual o actualmente) por la caridad. En cierta manera, se presenta al Padre unido con los que él abraza por el amor. Estos son abrazados por la caridad del que se entrega a Dios y puestos así ante el acatamiento del Padre. De aquí que el que comulga puede tener la confiada esperanza de que Dios atrae a sí a los unidos a él con nueva fuerza. Se puede decir, pues, que si por la recepción de la comunión aumenta la vida divina del que comulga, es de esperar que Dios abraza también con nuevo amor a los amigos, a quienes el que comulga abraza (consciente o inconscientemente) con nuevo amor, en tanto que ellos mismos no se opongan a ello.